

que tan firmemente seguimos en la reconstrucción de nuestra propia vida nacional.

Para terminar, confío en que esta nueva Organización acogida con tanta confianza y esperanza, será un poderoso instrumento para ayudarnos a despertar esas fuerzas espirituales que son indispensables si se quiere salvar en este planeta la vida civilizada tal como nosotros la entendemos. Debemos contener el alocado uso de las fuerzas elementales de la naturaleza valiéndonos de la fuerza moral, sometiénolas al servicio de nuestra gran misión: el establecimiento y mantenimiento de la paz internacional. Tal nos parece ser la labor suprema de las Naciones Unidas.

Se suspende hasta la sesión siguiente la continuación de la discusión.

Se levanta la sesión a las 17.50 horas.

NOVENA SESION PLENARIA

Miércoles 16 de enero de 1946, a las 10.30 horas.

INDICE

21. Discusión del Informe de la Comisión Preparatoria (continuación)

Discursos de los señores Guerrero (El Salvador), Alborno (Ecuador) y Lie (Noruega)..... 76

Presidente: Sr. P. E. H. SPAAR (Bélgica).

21. Discusión del Informe de la Comisión Preparatoria (continuación)

EL PRESIDENTE (*traducido del francés*): El orden del día señala la continuación de la discusión general del informe de la Comisión Preparatoria.

Tiene la palabra el señor Guerrero, representante de El Salvador.

Sr. GUERRERO (El Salvador) (*traducido del francés*): Después de haber participado en 1920 en los trabajos de la primera Asamblea de la Sociedad de las Naciones, tengo ahora el raro privilegio de tomar parte en la primera Asamblea General de las Naciones Unidas. Después de un cuarto de siglo, hombres de buena voluntad se reúnen de nuevo bajo el peso de la misma preocupación y animados por los mismos sentimientos. La obra que comenzaron en 1920 resultó, desgraciadamente, ser ineficaz y tratan, una vez más de preservar a la humanidad de los horrores de la guerra.

Al recordar la fecha de 1920, no puedo menos de traer a la memoria aquel ambiente de confianza y esperanza con que abordamos el trabajo de la primera Asamblea establecida por el Pacto de la Sociedad de las Naciones. Ciertamente es que aquel Pacto no era perfecto. En el curso de su elaboración la idea general de su autor había sido deformada considerablemente. Sin embargo, establecía en su Preámbulo los principios funda-

mentales de moral internacional que son y serán siempre la base de la convivencia entre los pueblos.

La asociación de naciones que el Pacto preveía debía garantizar la independencia política y la integridad territorial de los Estados. Sus miembros se comprometían a conducir sus relaciones internacionales abiertamente y basar esas relaciones en la justicia y el honor, a observar rigurosamente los preceptos del derecho internacional y a respetar todas las obligaciones que se imponían de acuerdo con los tratados.

¿Puede haber algo más bello que estas promesas para tranquilizar a los pueblos y asegurarles un mejor porvenir? Ustedes conocen los resultados. Las fuerzas del mal se pusieron en movimiento y la debilidad humana resultó incapaz de contenerlas. El Pacto no fué aplicado ni en su letra ni en su espíritu. Desde entonces, la suerte de la Sociedad de las Naciones estaba definitivamente echada.

Sin embargo, el mundo debe a esta organización los más grandes progresos realizados en el campo del derecho internacional. La Corte Permanente de Justicia Internacional creada por su iniciativa cumplió su cometido, y la obra por ella realizada en el transcurso de su existencia dejó su sello en la conciencia de los pueblos.

Hoy la Organización internacional de las Naciones Unidas trae a los pueblos nuevas esperanzas. Dos de las grandes Potencias mundiales ausentes en la Asamblea de 1920 están aquí desde los primeros momentos, dispuestas a colaborar en el mantenimiento de la paz: los Estados Unidos de América, a los cuales todos los pueblos de América están íntimamente ligados, y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, cuya ayuda es indispensable para garantizar un orden internacional estable.

Hay, sin embargo, una cuestión que solamente el futuro puede contestar, cuestión de gran importancia de la cual depende el éxito o fracaso de nuestro nuevo experimento. Trátase de saber si los hombres del mañana podrán evitar caer en los errores del pasado. Para evitar esta desdicha y no traicionar las últimas esperanzas de los pueblos del mundo, las gestiones de las Naciones Unidas habrán de ser llevadas en una atmósfera de comprensión mutua, de confianza recíproca y, sobre todo, las naciones habrán de subordinar sus propios intereses al interés colectivo de todos. Sólo cumpliendo estas condiciones podrán las Naciones Unidas contestar al llamamiento que les hace la humanidad; cansada de sufrir y esperar, y desempeñar la tarea que les fué confiada por la Carta de San Francisco.

Estas pocas reflexiones que me permito presentar al buen juicio de la Asamblea, son de orden puramente personal.

Permítanme ahora manifestarles que las delegaciones de Guatemala, Honduras, Nicaragua y

Panamá me han conferido el gran honor de hablar en su nombre. Es, pues, en nombre de estas cinco delegaciones que deseo expresar mi vivo agradecimiento a Su Majestad el Rey, al Gobierno del Reino Unido y a esta capital mártir, por la acogida que nos han dispensado. También dirigimos nuestras calurosas felicitaciones a la Comisión Preparatoria, a su Presidente y Secretario Ejecutivo por la labor que han realizado en la preparación del trabajo de la Asamblea General.

Estas cinco naciones de la América Central traen a las Naciones Unidas lo mejor de cuanto poseen: su amor por la paz, su fe en los valores morales que deben prevalecer en las relaciones internacionales, su fidelidad a los principios consagrados en la Carta de San Francisco y, finalmente, la promesa formal de cooperar en todo esfuerzo destinado a aliviar los sufrimientos humanos.

EL PRESIDENTE (*traducido del francés*): Tiene la palabra el señor Albornoz, representante del Ecuador.

Sr. ALBORNOZ (Ecuador): De tiempo en tiempo en la historia de la humanidad, después de guerras cruentas inmisericordes se han congregado grupos de hombres de buena voluntad para buscar la mejor manera de establecer y mantener la paz y la seguridad de las naciones.

"Tenemos una cita con el destino", dijo una vez el gran Presidente Franklin Roosevelt, cuyo espíritu sentimos palpar con objetividad de presencia real en esta Asamblea, y lo dijo cuando la espantosa guerra que acaba de pasar amenazaba al mundo con todos sus horrores. Esa cita con el destino puso a los pueblos democráticos frente a la guerra que se ganó con inmenso y supremo sacrificio, con heroísmos estoicos y ejemplares en la vida cotidiana de millares de seres humanos. Y esa cita con el destino nos ha puesto también frente a la paz que se tiene que ganar y mantener, asegurar y perpetuar con el sincero y cordial esfuerzo de todos, con la colaboración constante y efectiva de todos los pueblos y de todos los gobiernos.

Tuvo razón Stalin, el formidable conductor de su indomable pueblo, cuando afirmó que ganar la guerra es una gran tarea histórica, pero que el ganarla no es por sí mismo sinónimo de asegurar para las naciones la paz duradera y la garantía de seguridad en el futuro. El objetivo no es sólo ganar la guerra sino también el hacer imposible nuevas agresiones y nuevas guerras. Las Naciones Unidas acaban de constituirse en una gran Asamblea, organización que encarna y representa la libre y espontánea voluntad de 51 naciones resueltas a contribuir a la remodelación de la vida internacional, bajo el imperio efectivo de normas precisas de carácter jurídico y práctico que recogiendo las enseñanzas de la experiencia y

las dolorosas lecciones de los dolores pasados, le proponen asegurar una vida más humana y más justiciera para los individuos y para los Estados. No han faltado la procreación de nuevos principios, la formulación de halagadoras doctrinas y la especificación de normas legales y contractuales.

En los últimos años, lo que principalmente se ha notado ha sido la ausencia de órganos y medios adecuados para realizar los principios y dar vida efectiva a las doctrinas y a las normas positivas. En la nueva organización internacional dominan principios y nuevas normas avanzadas, pero ante todo se ha procurado que la organización, estructuración y maquinaria de las Naciones Unidas sean realmente capaces y aptas para actuar con eficacia, aplicando los principios y doctrinas y dando vida cierta y palpable a las normas establecidas.

La Asamblea y todos los organismos de las Naciones Unidas tienen que desenvolver su actividad en forma tal que cree en los pueblos la fe necesaria que realizará la obra, y la convicción de que para toda situación por difícil que sea y por complicada que aparezca, existe el instrumento adecuado y eficaz para solucionarla. En adelante el uso de la fuerza sólo podrá ser empleado como un medio y como un recurso para asegurar la misma paz — medio y recurso que no estarán en manos de potencias particulares que pretendan ensangrentar la tierra, sino en manos de representantes de todos los pueblos del mundo, en manos de organismos de las Naciones Unidas que sabrán emplearlo con el supremo tacto, con el sagrado respeto de quien tiene conciencia de la responsabilidad inmensa que la voluntad universal ha confiado y ha dado a la organización internacional a la que estamos infundiendo vida.

La Carta aprobada en San Francisco, realmente observada y sinceramente practicada e interpretada, constituye una garantía de paz y de seguridad. En verdad que la Carta tiene graves imperfecciones, pero hemos de considerar tales imperfecciones como circunstanciales y transitorias y que, cambiadas a situaciones anormales del momento, se modificarán en el sentido más amplio, más liberal y más democrático. Conforme a los principios de la Carta y de acuerdo con el comprensivo y realista espíritu que está predominando en la Asamblea, al constituirse los órganos principales de las Naciones Unidas se ha dado una representación apreciable a los países latinoamericanos, hecho que demuestra la consideración que se ha prestado al innegable aporte que América ha ofrecido al desenvolvimiento doctrinario del derecho internacional así como a la decisión con que contribuyó a la causa de la libertad y la justicia defendida por las Naciones Aliadas proporcionando mientras duró la guerra elementos humanos, bases estratégicas y materias primas necesarias para la victoria.

No se ha olvidado que el Congreso de Panamá de 1826 prefiguró la Sociedad de las Naciones de 1920, y también la Organización de las Naciones Unidas. En ese Congreso no sólo se encuentran los antecedentes del arbitraje, la consideración y la moratoria de guerra sino también el establecimiento del uso de los contingentes de fuerza colectiva, jurídicamente reguladas para emplearlas contra el agresor. La condenación de la guerra que la Conferencia de San Francisco proclama, tiene entre varios antecedentes americanos, el Tratado que hace casi un siglo, en 1846, celebraron Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador y Perú. Es del caso recordar, señor Presidente, que el Ecuador, siempre leal a las normas jurídicas internacionales, fué el primer país que recogió en su constitución política el arbitraje como medio de solucionar los conflictos internacionales, y ahora mismo en su última constitución dictada sólo el año pasado, se encuentran varias disposiciones de carácter esencialmente internacional incorporadas en la legislación ecuatoriana. Nos permitimos citar siquiera tres ejemplos importantes: se inicia nuestra constitución declarando que la nación ecuatoriana está constituida bajo un régimen de libertad, justicia, igualdad y trabajo, con el fin de promover el bienestar individual y colectivo y propender a la solidaridad humana. El Artículo 6° consigna amplia y terminantemente el reconocimiento de la ley internacional cuando dice: "la República del Ecuador acata las normas del derecho internacional y proclama el principio de cooperación y buena vecindad entre los Estados y la solución por medios jurídicos de las controversias internacionales".

En el Artículo 34 encontramos la declaración expresa de que el Ecuador repudia la guerra como instrumento de política internacional, incorporando así a su derecho constitucional la condenación de la guerra que hasta ahora se ha hecho sólo en tratados bilaterales o multilaterales. La delegación del Ecuador reitera que el pueblo y el Gobierno que representa seguirán cooperando con los hermanos de América y con las naciones del mundo en la noble tarea de mantener y asegurar la paz entre los pueblos. Quiere dejar constancia de su fe y de su esperanza en la obra fecunda que comienzan a realizar las Naciones Unidas y al hacerlo invoca la palabra del eminente Churchill, uno de los principales forjadores de la victoria cuando dijo: "No hay que temer al futuro si se mantienen la unidad, la estabilidad y la solidaridad de las naciones".

EL PRESIDENTE (traducido del francés): Tiene la palabra el señor Lie, representante de Noruega.

Sr. LIE (Noruega) (traducido del inglés): Hace cuarenta años nuestro gran poeta, Björnson, dirigiendo una campaña internacional contra la opresión de los polacos, los checos y los eslovacos, manifestó que la única cosa que podía salvar

la paz del mundo sería una organización de naciones unidas, y agregaba: "La iniciativa está en manos de los pequeños países, porque su existencia está en juego".

En conformidad con esta idea, la política de Noruega fué la de apoyar todo esfuerzo de colaboración mundial. Al propio tiempo, se basaba en un sincero deseo de mantenerse alejada de todo conflicto y en la suposición de que una declaración de neutralidad constituiría una garantía para no verse envuelta en una guerra.

La invasión alemana vino a disipar la idea de que permaneciendo neutral puede uno evitar el verse envuelto en una guerra. Y desde los primeros días de su lucha por la libertad, Noruega ha deseado y ha abogado la formación de una organización como la de las Naciones Unidas. No solamente será nuestra participación en sus tareas la base de nuestra política exterior, sino que consideramos de importancia vital el que la labor de las Naciones Unidas se vea coronada por el éxito desde sus comienzos, y el que todas las delegaciones que vienen a esta Asamblea regresen a sus países sin dudas y sin recelos, con nueva esperanza y nueva fe en el futuro de las naciones.

La Carta puede que no sea perfecta y la labor de la Comisión Preparatoria pudiera también ser mejorada, pero creemos que los resultados de la Conferencia de San Francisco, según quedan expresados en la Carta, representan lo mejor que pudo lograrse entonces y la conceptuamos como una gran victoria para la causa de la paz y de la seguridad mundiales.

Las cláusulas de la Carta susceptibles de enmienda, debieran ser alteradas de acuerdo con la experiencia. Tenemos confianza que será más fácil encontrar soluciones unánimes a las dificultades que puedan surgir, cuando hayamos empezado la tarea. Nuestra misión principal aquí es ver que así se haga. Para asegurarlo, este primer período de sesiones de la Asamblea General ha de ser necesariamente, en muchos sentidos, una sesión técnica y sería ciertamente recomendable no presentar problemas políticos o constitucionales que no sean de urgencia inmediata, ni tratar a estas alturas de revocar las decisiones fundamentales que ya han sido alcanzadas. Porque mucho más importante que nuestras diferencias, es el hecho impresionante de que hoy se encuentran reunidos aquí los representantes de cincuenta y una naciones, decididos a forjar un instrumento efectivo para el mantenimiento de la paz y la seguridad mundiales. En este sentido, todos nosotros deseamos expresar nuestra gratitud a aquellas Potencias y sus representantes que, en el torbellino de la guerra, trabajaron por la paz futura e iniciaron gestiones que han cristalizado en esta Asamblea.

Ha pasado la época en que toda iniciativa descansaba en las pequeñas Potencias. Solamente las grandes Potencias que soportaron el tremendo peso de la guerra, y cuyos esfuerzos sin igual hicieron posible la victoria, pudieron llevar la carga que nos ha permitido establecer las Naciones Unidas.

La delegación de Noruega comparte plenamente la opinión de que la paz es una e indivisible, como ya se ha dicho desde esta misma tribuna, pero no podemos cansarnos de repetirlo. A menos que nos demos plenamente cuenta de este hecho, no podremos esperar resultados satisfactorios. Es por eso que los que realmente desean fomentar la causa de la paz mundial harían bien en no intentar encontrar síntomas de política de poder donde realmente no existen. No debieran tratar de dividir al mundo en grupos aislados, cuando todas las fuerzas constructivas laboran conjuntamente en pro del bienestar común de la humanidad. Nada pudiera ser más peligroso que el que esta nueva Organización fuera usada desde el principio por Potencia alguna para sus propios fines.

Debiéramos también hacer frente al hecho de que ciertos problemas políticos y territoriales de importancia primordial, especialmente aquellos relacionados con los tratados de paz, habrán de ser abordados por otros medios que a través de la Organización.

Es evidente que las grandes Potencias tienen mayores responsabilidades que el resto de nosotros, y que es su deber elaborar acuerdos justos y equitativos de esos problemas que no puede tratar esta Asamblea.

Todos sabemos que sin una cooperación sincera y basada en la confianza entre todas las grandes Potencias, nuestra tarea fracasaría totalmente y la paz mundial sería una ficción. Sería una ilusión aspirar a una eficaz colaboración internacional si no existe esta primera y esencial condición de paz y seguridad.

Por esta razón el Gobierno noruego no encuentra objeción alguna a que se otorgue a las grandes Potencias una influencia constitucionalmente reconocida sobre asuntos mundiales que corresponden a su mayor responsabilidad. Es más, estamos convencidos de que solamente así puede llegar a ser eficaz nuestra nueva Organización. El Gobierno noruego considera al Consejo de Seguridad, a la Asamblea General, al Consejo Económico y Social y a la Corte Internacional de Justicia, como un todo, y está dispuesto a ser útil donde y cuando se considere competente su intervención.

Pero si bien admitimos que las grandes Potencias deben desempeñar el papel principal en el Consejo de Seguridad, esto no quiere decir que otras naciones no habrán de hacer una importante contribución a nuestra labor común. Las pequeñas naciones tienen una misión impor-

tante que realizar en el forjamiento de la paz. Se desinteresan de muchas controversias políticas; sus ambiciones son de carácter cultural y económico. Y así, en opinión de la delegación noruega, su política exterior debiera encaminarse a contribuir sinceramente a la comprensión mutua y a la confianza entre las grandes Potencias. La política de buena vecindad debiera ser la base de sus relaciones con grandes y pequeñas Potencias.

Dentro de la estructura de la Carta, algunas pequeñas naciones colaborarían, naturalmente, de manera más íntima entre sí, colaboración que no debiera ser interpretada como ejerciendo influencia alguna en sus relaciones con otras Potencias. En este espíritu las Potencias septentrionales vienen colaborando en asuntos económicos y culturales. Por esto mismo Noruega confía ver a los demás países septentrionales como Miembros de esta Organización de países amantes de la Paz a la mayor brevedad posible.

Es dentro de la Asamblea General y en el Consejo Económico y Social que muchos de sus Miembros pueden hacer su contribución más importante a favor de la causa común. Deseamos vivamente cooperar en las actividades económicas, sociales, culturales y humanitarias de las Naciones Unidas, dondequiera que nos encontremos frente a problemas urgentes y difíciles. El Consejo Económico y Social habrá de echar los cimientos para las pacíficas relaciones entre los pueblos del mundo, contribuyendo así a la tarea del Consejo de Seguridad para eliminar las causas de los conflictos internacionales.

Noruega seguirá las tradiciones del Dr. Nansen que fué a la par, un gran dirigente nacional y un gran ciudadano del mundo. Teniéndole como portavoz, Noruega abogó que era el deber de todas las naciones civilizadas del mundo contribuir al desarrollo de los pueblos que no habían alcanzado todavía la plenitud de un gobierno propio. Por eso consideramos el sistema de administración fiduciaria establecido en San Francisco como un gran paso hacia adelante, como una expresión de los ideales por que luchamos: por una gran Carta de la Libertad. Es este terreno común en el cual grandes y pequeñas Potencias, aunque no estén directamente interesadas, pueden trabajar conjuntamente para crear un mundo nuevo y mejor.

La Carta ha dado al mundo nuevas esperanzas de que los errores que nos llevaron a la guerra mundial no habrán de ser repetidos. Tenemos ya el instrumento que puede asegurar la paz si estamos dispuestos a hacer uso del mismo.

Sin embargo, no olvidemos en estos momentos de iniciación de las Naciones Unidas, que el fascismo y el nazismo continúan vivos e infectando las mentes de muchos seres humanos. Será una de las más importantes tareas de las

Naciones Unidas liberar al mundo de esta peligrosa ponzoña y llegar a la aceptación de una verdadera democracia por todas las naciones. No podemos fracasar en esta obra. El fracaso sería demasiado costoso para todos nosotros.

Avancemos, pues, unidos en la paz como lo hicimos en la guerra, dispuestos a hacer todos los sacrificios y a aceptar todas las responsabilidades.

Se suspende hasta la sesión siguiente la continuación de la discusión.

Se levanta la sesión a las 12 horas.

10a. SESION PLENARIA

*Celebrada el miércoles 16 de enero de 1946,
a las 15 horas.*

INDICE

22. Discusión del Informe de la Comisión Preparatoria (continuación)

Discursos de los señores Moreno Quintana (Argentina), Lleras Restrepo (Colombia), Rosenzweig Díaz (México), Rzymowski (Polonia) y Laleau (Haití) 80

Presidente: Sr. P. H. SPAACK (Bélgica)

22. Discusión del Informe de la Comisión Preparatoria (continuación)

EL PRESIDENTE (*traducido del francés*): Tiene la palabra el Sr. Moreno Quintana, representante de la Argentina.

Sr. MORENO QUINTANA (Argentina) (*traducido del inglés*): Después de dos guerras en las cuales la suerte entera de la civilización occidental estuvo en juego, el mundo, no repuesto todavía de su gran tragedia, se dispone a entrar en el camino de la reconstrucción. Una fórmula de importancia capital, la Carta de San Francisco, contiene una profesión de fe: el respeto a los derechos fundamentales de las naciones y los individuos. El futuro demostrará su grado de eficacia. Sobre ella descansa la tarea ya comenzada.

La Argentina se asocia a la gran tarea que comienza ahora, en su deseo de colaborar una vez más en el mantenimiento de los principios que han sido el norte invariable de su política exterior. Segura de sí misma, está igualmente segura de la buena voluntad que anima a los demás Miembros de las Naciones Unidas, y siente confianza plena en el éxito definitivo de la Organización. Por esta razón, la Argentina, por mi mediación, saluda a todos los representantes que integran esta Asamblea, y en particular a aquéllos procedentes de los países que acaban de luchar en defensa del derecho, la justicia y la dignidad humanas. Este homenaje se dirige también a la Gran Bretaña, nuestro huésped, cuya gloriosa lucha constituye una epopeya que se proyectará durante siglos en la perspectiva de la historia.

Argentina se percata perfectamente de los derechos que la Carta concede y las obligaciones que impone a todos los Estados Miembros. Ejercerá aquéllos y acatará éstos, plenamente consciente del papel que habrá de desempeñar. El poner en funciones la Carta internacional exige la delegación de ciertas facultades que de otra forma continuarían siendo inalienables atributos de la soberanía. La Argentina, nación ahora y siempre profundamente democrática, acepta la decisión tomada dando su palabra de honor, que jamás ha repudiado. Su destino, por consiguiente, está identificado con el de los demás países de las Naciones Unidas.

Con orgullo legítimo, la nación que represento puede preciarse de haber contribuido en no escasa medida a la formulación de principios en que se fundamentan las relaciones internacionales. Proclamó la inexistencia del derecho de conquista; ha sostenido los principios de la libre determinación de los pueblos, de la igualdad jurídica de los Estados y de la no intervención. Ha reconocido y utilizado el arbitraje obligatorio, mediante el cual sus propias fronteras fueron rectificadas en tres diferentes ocasiones. Condenó el uso de la fuerza para obtener el pago de deudas públicas y manifestó, con respecto a la desenfadada campaña de los submarinos alemanes, que se adhería, como siempre, a los principios y normas fundamentales de derecho internacional.

Estudiemos ahora la situación presente. Celebramos la primera Asamblea, es decir, la cuarta etapa en el proceso de formación de las Naciones Unidas, que fué comenzado en Dumbarton Oaks, y continuado en Yalta y San Francisco. Esta Asamblea comienza el avance de esta nueva institución jurídica para el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. Este primer período de sesiones ha comenzado a estudiar las recomendaciones hechas por la Comisión Preparatoria que proyectó la estructura interna de la Organización. De esta manera da vida al sistema creado cuyo perfeccionamiento será labor del futuro. Dos de sus organismos principales han sido ya constituidos; en esta hora histórica una grave responsabilidad recae sobre ellos.

Europa derramó su sangre y se encuentra ahora mal alimentada. Sería incapaz de reponerse por sus propios esfuerzos. La nueva concepción que ha inspirado la creación del Consejo Económico y Social trae consigo un esfuerzo colectivo para la rehabilitación material del mundo. La misión de la Argentina, que ocupa el primer lugar del mundo en la exportación de carne, maíz, linaza y avena, el segundo lugar en la exportación de trigo y el tercero en la de centeno, será cooperar en poner en práctica no pocas de las decisiones del Consejo. Mi país, por profundo sentido de humanidad, ha hecho ya algunas contribuciones de productos y confía